

Prendas de amor

Fragmento de novela

Joaquín-Armando Chacón

La ventana de la recámara de mi infancia, incluso con las cortinas cerradas, proyectaba un cuadro de luz. Para mí era como la señal que guiaría a la bruja hacia donde me encontraría, pues yo no tenía en el olvido el brillo de sus ojos al mirarme.

Durante muchos días mamá abrió la puerta de mi recámara para recriminarme: Hijo, todavía con la luz encendida, ¿te has dado cuenta de la hora que es? Tienes que dormirte, ya bastante mal estás en la escuela, no creas que no lo sé, el señor Mann me lo ha notificado, has estado llevando la tarea incompleta, no prestas atención a las explicaciones, pareces sonámbulo, me ha dicho el señor Mann, y ahora resulta que es la madrugada y tú con la lámpara encendida. Mamá se preocupaba.

Yo leía a Willy Faulkner para caminar allá por Yoknapatawpha, donde ella, la tía Remedios, no iba a alcanzarme, ni el olfato de su perro negro tenía la suficiente sabiduría para seguir mi rastro en aquellas ciénagas y caminos polvorientos. Allí estaba a salvo, así como también el sentir esa caída en el sueño o ni siquiera darme cuenta deirme perdiendo hacia esas tinieblas donde, de pronto, en el campo de fútbol avanzaba por el centro (allá en las gradas Kristin levantaba los brazos) para que mi amigo Graco me hiciera el pase y yo pudiera tomar el balón frente a la portería. Iba a conseguir el gol del campeonato... Pero resultaba que el portero del equipo rival era el perro negro con el rostro, o más bien los cabellos largos y sueltos y los ojos de la tía Remedios. Y el perro extendía a todo lo ancho sus brazos envueltos en las mugrientas vestimentas de su ama y lanzaba un grito: ¡Tú!

Eran sólo sueños, y en ellos el perro o su ama surgían de improviso desde cualquier sitio, por absurdo que

fuera, pero tenían las imágenes de una premonición y una amenaza. Si volvía a dormirme otra vez, en cualquiera de los lugares contruidos por mi inconsciente, la bruja volvería a encontrar una puerta abierta y la obligación de conseguirme. Lo sabía bien, estaba seguro de ello. Así que apartaba la mirada del cuadro iluminado de la ventana (fueron un otoño y un invierno fríos y la luna tenía un brillo especial), encendía la lámpara de noche y regresaba a Yoknapatawpha:

Popeye se volvió sin mirar siquiera a Gowan. Tommy le siguió. Su espalda se agitaba todavía con una alegría secreta. Temple se encontró con Popeye a medio camino de la casa. Sin dejar de correr pareció hacer una pausa. Sin dar tiempo a que su chaquetilla, que flotaba al viento, lo alcanzara, durante un instante perceptible miró a Gowan, mostrándole los dientes en una forzada mueca de coquetería...

Otra vez con la luz encendida, otra vez, desvelándote, hijo, a tu edad se tienen que dormir más de ocho horas, mañana comienzan los exámenes parciales, el señor Mann me ha dicho que...

Le prometí a mamá que no volvería a encender la luz de la lámpara de noche.

Ni la otra, hijo, ninguna de tu cuarto, y no se te ocurra usar una lámpara de mano o una vela, por la rendija de la puerta yo me entero, tenlo por seguro, y me has prometido que no vas a leer ese libro aquí en tu cuarto, mi pequeño.

Mi vida había comenzado a cambiar, incluso en el campo deportivo del Instituto. Guido, hijo del dueño de la pizzería a la que todos los estudiantes mayo res iban

el sábado por la tarde, se había adueñado de mi puesto como volante central del equipo de fútbol y ni siquiera por eso me sentí molesto. El chismoso Mann tal vez tenía razón y yo andaba sonámbulo. Aunque después, al decirle al gordo Graco de mi encuentro con la bruja y de mis miedos, a mi amigo se le ocurrió infundirme otro temor más, el de que tal vez se estaba cumpliendo la maldición de la tía Remedios (quizá yo me puse a exagerar la forma y las palabras de la aparición a la que me enfrenté en la puerta del restaurante Bohecional) y perder mi puesto en el equipo de fútbol era un signo de cómo comenzaba a irse perdiendo mi futuro.

Y no olvides que tampoco pudiste contestar todo el cuestionario de la prueba, y eso que me dijiste que te lo sabías todo perfectamente, ¿por qué crees que se te olvidaron las respuestas? Y, ya ves, primero me dijiste que la otra chica, Willelmina, tenía bonitas piernas y rodillas de ángel, pero apenas ayer te hiciste el desentendido, que no habías dicho lo que dijiste y que ni siquiera te has fijado en sus piernas o en cualquier otra parte del cuerpo de la holandesa porque nada más es flaca y alta.

El gordo Graco caminaba dificultosamente a mi lado en la cuesta de la calle de los Abedules. Avanzar y hablar con excitación era un doble esfuerzo para él.

Si pienso en Graco, por lo regular lo veo subiendo fatigosamente la cuesta de la calle de los Abedules. Era mi amigo más cercano en la escuela, con quien compartía mis intimidades, el único en conocer mi secreto

de haber visto una vez a la “chica trece” sin blusa ni sostén en el cuarto de los empleados (aunque fue una visión fugaz, cada vez que Graco insistía en que se lo contara, el tamaño de los pechos de la chica israelita eran más redondos y el tiempo de exhibición era mayor), el amigo a quien le imitaba las conversaciones de mi abuela Sara con Santomiguel para hacerlo revolcarse de risa en el césped de cualquiera de los parques, y a quien le refería las hazañas de mi hermano mayor. En su compañía pasaba la mayor parte del tiempo escolar y juntos recorríamos un buen trecho de las calles del regreso a nuestras casas.

En las semanas siguientes a la cena de los Darnay, en mi decisión de regresar al restaurante cuando ya los Stiller estuvieran en su mesa, para poder ver a Kristin, convencía al gordo Graco de que me acompañara a perder el tiempo de la tarde, algunas veces en la biblioteca del Instituto para hacer la tarea juntos, pero era imposible terminarla, nos distraíamos contándole lo que papá le explicaba a nuestra familia cuando volvía de la hacienda, de las clases de piano de mi hermana, de cualquier cosa. Por supuesto le había hablado de Kristin y Willelmina y esa cena para los Darnay que había cambiado la rutina de las noches del restaurante Bohecional: ahora el maestro Ote roacudía todos los días, no nada más los sábados o para ocasiones especiales como antes, y los comensales bailaban después de algún pollo a la naranja, de un estofado de res al estilo campe-





sino, de las vieiras en salsa de cava o cualquier otro por el atillo de los que mi hermano mayor no perdía movimiento alguno de su elaboración, y como el viejo Benji Simpson tenía la costumbre de faltar algunas noches, él mismo estuvo del otro lado de la barra preparando el coctel Bellini, especialidad de ese día (ya que a mi hermano mayor le dio por instaurar “la noche del coctel diferente” e inauguró con esa bebida que, según había leído, era original del Harry’s Bar de Venecia), y la siguiente vez se encargó de preparar el coctel Diosa Blanca, compuesto en honor de Ava Gardner, ya que había sido una de sus actrices favoritas después de haberla contemplado en la sala de cine de los Bripptein. Según mi hermano, el Diosa Blanca era sin duda una invención de Hemingway: en una coctelera se ponen cuatro cubitos de hielo, el zumo de medio limón, dos cucharaditas de jarabe de almendras, dos de marrasquino y dos más de clara de huevo y, al último, una buena porción de ron cubano. Hecho esto, se agita la coctelera con vigor, pero cuidando muy bien que la agitación no sea mayor a los diez segundos, y listo: se vierte en una copa de coctel previamente enfriada y se decora con una guinda al marrasquino. El Diosa Blanca fue un éxito total y sirvió para una exhibición de baile de las dos berlinesas (o

quizá de la pareja rusa, no estoy seguro, ya que es muy posible que las chicas alemanas ya no estuvieran en la ciudad cuando llegaron esas ocasiones). También de esto trataban mis charlas con mi amigo Graco, sin dudar ninguna de esas tardes en volver a repetirle algún acontecimiento o de inventarle algo con el fin de entretenernos en nuestro caminar al sitio en que nos separábamos para seguir él rumbo a su casa y yo al restaurante, cuando ya los comensales estaban acomodándose en sus mesas.

El gordo Graco jadeaba de cansancio hacia el final de la cuesta tratando de alcanzarme con sus pasos cortos.

¿Sería verdad? ¿Estaría ocurriendo realmente? En las últimas semanas me había encontrado en el comedor del restaurante con la familia Stiller sólo dos veces (el gordo Graco tampoco quiso ir conmigo hasta la avenida del puerto, pues estaba cerca del barrio de los orientales y su madre le tenía prohibido cualquier acercamiento por allí, y estaba regañado por sus tardanzas. Fue imposible detenerlo con ese proyecto ni con otros que se me habían ido ocurriendo en los anteriores días) y en ambas ocasiones únicamente conseguí una mirada breve y sin interés de Kristin.

En lo alto de la avenida de los Abedules me detuve. Graco llegó a mi lado resoplando. Una terrible idea ha-

Allí abajo, a unos metros, por la calle del puerto, la tía Remedios subía lentamente, lanzando maldiciones a los cuatro vientos

bía nacido en mi desconsuelo. Graco agachó la cabeza y dobló su cuerpo, agotado por el esfuerzo. ¿Sería posible que la maldición de la bruja (mi propia mentira ya era casi una verdad) también incluía el que otras gentes se fueran olvidando de mí? ¿Qué te supones, Graco? El entrenador se olvidó de mí para la selección de los juegos finales, hace tres días le estuve gritando a Santomiguel, pero él no bajó de su rincón, Kristin pasó su vista por encima de mí como si no me viera, a pesar de que le hice un saludo con la mano, mamá no me ha regañado en varios días, el viejo Balthazar me plantó su mirada intrigante durante un rato sin reconocermé, apenas ayer encontré a doña Espanta en sus zancos y no respondió a mi saludo. ¿Tú, Graco, amigo, te acuerdas de mí, verdad?



(Ahora, aquí, en el segundo piso de la casa que rento en este otro poblado, más pequeño que el anterior, observo la noche a través de la ventana y la sombra de los árboles cercanos. No es propiamente un bosque, lo sé, pero yo me hago a la idea de que lo sea, su espesa sombra me lo sugiere. Las ramas de los árboles se balancean debido al viento. Más tarde comenzará la lluvia.)

¿Y a quién escogió tu hermano?, preguntó Graco en lo alto de la calle de los Abedules, aún agachado, todavía resoplando, el sudor bañándole la frente, los mechones de cabellos claros brillando laicamente bajo la absurda cachucha deportiva azul.

No me lo había dicho. Ocupado en la sal y en la harina o aprendiendo a picar la cebolla sin que los ojos le lagrimearan, mi hermano mayor no había dicho ni una palabra sobre su preferencia, y yo, con la ocupación de mis miedos nocturnos y las tareas incumplidas y en la multiplicación del ocho o la división de los decimales, los encuentros y las diferencias de las distintas religiones y la historia de la búsqueda de Livingstone por John Stanley en el África para hacer un resumen de alguno de sus documentos, además de enterarme de las sinvergüenzadas del juez Horacio Benbow y el burdel del Viejo Francés y la luz de la lámpara en la mesa de noche, no conseguía preguntarle. ¿Elizabeth o Julie? Pe rode todos modos no iba a confesarle nada de eso al gordo Graco.

A la más bonita, le dije mirando hacia el horizonte, donde el mar y el cielo se mezclan.

¿Cuál? Ellas son gemelas, las dos completamente iguales, así me lo dijiste y, además, las he visto: son iguales y ahora usan el mismo color de sus vestidos cortados iguales. Graco seguía resoplando.

Siempre hay diferencias en dos mujeres aunque sean gemelas, mínimas pero las hay, y una es más bonita que la otra, que también es muy bonita, pero mi hermano mayor supo distinguir cuál era la más bonita de las dos y a ella la escogió.

¿Julie o Elizabeth?

Me dijo mi hermano que todavía no podía distinguir las por el nombre y aún no se enteró si la más bonita es Elizabeth o es Julie, pero le declaró su amor a la más bonita y cuando uno declara su amor no tiene por qué preguntarle el nombre a la elegida, eso era antes, ahora ya no importa.

Mentira, mentira, y Graco gritó en el tono de los chillidos clásicos que utilizaba cuando estaba exasperado, todo lo tuyo son mentiras.

Que es verdad, Graco, que me agarre la bruja en el hocico de su perro si te estoy mintiendo, y para probártelo uno de estos días te traigo la prenda que ella, la más bonita de las dos gemelas, le dio a mi hermano mayor en aceptación de que son novios.

¿Una prenda? Estás loco, la maldición de la bruja te ha estrangulado el cerebro.

Que no, que cuando una señorita acepta como novio a un hombre, le da una prenda para que él no se olvide de ella, ni tampoco de que ahora son una pareja.

El gordo Graco más que resoplar estaba bufando, boca y ojos abiertos ante mi noticia.

Que sí, Graco, pero no sé todavía qué le haya dado la gemela escogida, Elizabeth o Julie, pero así es. Las señoritas le ofrecen a sus pretendientes una media, un arete o el zapato izquierdo, a veces los calzones o una joya valiosa que llevan en un dedo, según el amor que le tengan.

No deseaba continuar con esa cuestión, así que extendí mi brazo izquierdo para señalar hacia la distancia, allá en el mar, y el motivo por el cual había hecho ir a Graco hasta ese sitio.

Mira, por allí debe haber sido el entierro marino del pirata Drake, aunque se diga que fue por otros lados, sólo para confundir. Justo por allí lo enterraron con los tesoros traídos de las Américas y otros lugares de donde se los apropió, pero existía un mapa y un testamento, y cuando llegó el momento sacaron una parte de las barras de oro y así fue como comenzaron la construcción de esta ciudad. Cuando tengamos la edad suficiente a nosotros nos corresponderá ir a rescatar lo que...

Allí abajo, a unos metros, por la calle del puerto, la tía Remedios subía lentamente, lanzando maldiciones a los cuatro vientos y pateando lo que encontraba a su paso, seguida por el perro negro.

Si Graco y yo hubiéramos corrido de esa manera en el campo deportivo, el entrenador nos habría colocado en la selección del equipo de fútbol. Graco lo hizo rumbo al Parque de las Golondrinas y yo por el lado opuesto, por donde vivía el otro Alberto, no el viejo Alberto detenido y fechado en un día del pasado sino el otro. Seis cuadras más adelante, después de pasar por el edificio del señor Luntz, librándome de ser atropellado por la bicicleta amarilla del cartero Ongay, y sin fijarme en cuál esquina hacía su guardia doña Espanta, me parecía seguir escuchando el resonar de las carcajadas de la tía Remedios y el de los ladridos del perro negro. No miré hacia atrás, llegué hasta la calle Transversal y di vuelta en la de Gandhi, me metí en Da Vinci y me detuve en la del tranvía. Cuadras adelante el viejo Dacapriovelanechi hacía sonar sus campanillas para avisar que el t r a n v í a



iba a pasar por la calle de Charcot sin detenerse porque llevaba impulso. Estaba cansado para correr detrás del tranvía o gritarle al viejo Dacapriovelanechi que me esperara. En la acera de enfrente caminaba el extraño hombre siempre vestido de negro, el sombre ro hundido hasta las orejas y cargando un pesado bulto negro.

Me había alejado diez cuadras de la casa y nueve del restaurante. Ya otras veces la tía Remedios y su perro estuvieron a mi vista, pero ellos iban con rumbo al puente viejo, no me vieron. Ahora sí, estaba seguro. A pesar de mis temores volví a escoger la calle del restaurante, confiado en que la bruja seguiría su camino o el rastro del gordo Graco, y en entrar al restaurante cuando ya Kristin y sus padres estuvieran allí para su cena.

(Ese tiempo lo viví en una confusa mezcla dividida entre el temor de encontrarme con la tía Remedios y la excitación de hacerlo con la rubia Kristin. Una me perseguía y la otra huía de mí, ignorándome. Habitábamos la misma ciudad, pero existiendo en mundos distintos.) [1]

Fragmento de la novela *Una pequeña aceituna en el bolsillo*. Joaquín Armando Chacón también es autor de *Las amarras terrestres* y *El recuento de los daños*.